

El piano

Abrí la tapa que escondía las teclas elegantemente vestidas de blanco y negro. Me senté en el banquillo y retiré los rebeldes mechones que se me habían soltado del majestuoso moño que llevaba en lo alto de la cabeza detrás de las orejas. Coloqué solemnemente las manos sobre el teclado, respiré profundamente varias veces seguidas y presioné la tecla que daría comienzo a la melodía que estaba escrita en el antiguo pergamino que había comprado hacía ya más de dos meses.

Mis desgarrados dedos de pianista se movían ágil y libremente componiendo una canción en la que sonaba un río de notas mezcladas entre sí coreando de fondo y entregándole el protagonismo a la melodía.

Mientras tocaba unas notas ya muy conocidas, cerré los ojos y dejé vagar mis pensamientos hacia aquel bonito paisaje que se ajustaba tan bien a la melodía.

La melodía representaba la balada de los pájaros, aguda y predominante sobre un sinfín de resonancias: el rugido de las aguas del río, el susurro de las hierbas intranquilas por la brisa y el eco de los pasos sordos de algún animal ocasionalmente.

Allí, en la montaña, reinaba una quietud envidiable en la que la palabra "problemas" no existía. Era un paraíso lleno de flores de los múltiples colores del arco iris que rodeaban a algún solitario olivo que se alzaba desvergonzadamente por encima de lo demás.

Salí de mi ensoñación para terminar la canción con un *ritardando* que, después de tantas notas, daba paso a un contundente final.

Anna Aixalà Perelló 3r ESO C